

EL MAGISTERIO DE LOS CURAS OBREROS DE LA DIÓCESIS DE CÁDIZ

Francisco Javier Torres Barranco*

*Universidad de Cádiz, España. E-mail: fjtortes@andaluciajunta.es

Recibido: 28 marzo 2017 /Revisado: 15 abril 2017 /Aceptado: 17 mayo 2017 /Publicado: 15 junio 2017

Resumen: El grupo nació durante el pontificado de Antonio Añoveros resultado de un doble proceso: del interés del obispo por entender lo extraña que le resultaban la fe y la Iglesia a los hombres de la clase obrera presentes en sus parroquias, y de la convicción de un grupo de sacerdotes de que debían estar donde estaba el pueblo trabajador para compartir y sufrir sus problemas. Solo así los comprenderían mejor y podrían contribuir a la construcción de una clase obrera concienciada y reivindicativa que se estaba abriendo camino en un entorno favorable a la concentración de mano de obra*.

Palabras clave: curas obreros; diócesis de Cádiz; Obispo Antonio Añoveros; empoderamiento de la clase obrera.

Abstract: The group was born as the result of a double process. First, the interest of the bishop Antonio Añoveros for understanding what strange the faith and the Church was to the people of the working class in their parishes. Second, the conviction of a group of priests that they should be where the working people was, sharing their problems and affliction. From their point of view, that was the only way to come to understand them better and to contribute to create a reivindicative working class that was making its way into a favourable area for the workforce concentration.

Keywords: worker-priests; diocese of Cadiz; Bishop Antonio Añoveros; empowerment of the working class.

1. INTRODUCCIÓN

Desde septiembre de 1969, fecha en que desde el obispado trabajo se interroga, esencialmente, se reconoció por primera vez de forma oficial que se autorizaba el fenómeno de los curas obreros en la diócesis, se asistió hasta 1979 al periodo de auge de su magisterio, llegando a haber en esa década hasta 22 curas obreros trabajando en las factorías y talleres gaditanos: (20 exceptuando a los dos que trabajaron en Ceuta). Esta cifra engloba a curas diocesanos, presbíteros extra-diocesanos al servicio de la diócesis y presbíteros religiosos con ministerios diocesanos (pertenecientes a congregaciones como Frailes Menores Capuchinos y Jesuitas), siendo uno de los grupos más numerosos de todas las diócesis españolas y uno de los primeros en empezar en todo el territorio nacional.

Tabla 1. Listado de curas obreros de la diócesis de Cádiz y Ceuta

Diocesanos	Extra-diocesanos	Religiosos con/sin ministerios diocesanos
Antonio León Rodríguez (Ceuta)	José Luis Muñoz	José González Araujo
Francisco Gómez Cianca (Ceuta)	José Ramón Pérez Perea	Antonio García Rubio
Alfonso Castro Pérez	Carlos Vidal López de Arbiña	Francisco Chapparro
Juan Cejudo Caldelas	Jesús Roiz Corcuera	Horacio Lara Palma

Andrés Avelino González Pérez	José A. Ochoa de Aizpuru	
José Vitini Díez	Javier Arrieta Nájera	
Pedro Nolasco		
Gabriel Delgado Álvarez		
Rafael Pozo Trinidad		
José Arana Ortega		
Javier Fajardo Sánchez		
Francisco Álvarez Mateo		

Fuente: Elaboración propia.

2. LA MISIÓN DE LOS CURAS OBREROS EN LA DIÓCESIS DE CÁDIZ

Sin entrar en otro tipo de cuestionamientos teológicos, filosóficos o eclesiásticos, para resumir en qué consistía la misión de los curas obreros gaditanos, se puede decir que éstos dedicaban la mayor parte de su tiempo a una actividad profesional, y el tiempo libre a su acción pastoral entre los fieles, renunciando a la paga estatal a la que tenían derecho como curas, pretendiendo así vivir del salario conseguido con sus propias manos. Además, de ordinario vivían juntos varios de ellos, manteniendo reuniones periódicas con otros sacerdotes ocupados por completo al ejercicio de su ministerio eclesial propiamente dicho.¹

Pero esa misión fue más allá, pretendieron compartir con la clase obrera no solo los bienes materiales: dinero, barrios, etc., sino otros inmateriales como sus preocupaciones, sus ilusiones, o, incluso, divertirse juntos. Es decir,

¹ Para abundar en esta breve definición es interesante la lectura de las obras clave editadas en España para entender el fenómeno: Pérez Pinillos, Julio, *Los curas obreros de España*. Madrid, Nueva Utopía, 2004; Tabares, Esteban, *Los curas obreros, su compromiso y su espíritu*. Madrid, Nueva Utopía, 2004; Centeno Díez, José; Díez Maestro, Luis; Pérez Pinillos, Julio, *Curas obreros*. Barcelona, Herder, 2009. Corrales Ortega, Xavier, *De la misa al tajo: La experiencia de los curas obreros*. Valencia, Universidad de Valencia, 2008. Flores Sánchez, Manuel, *Lucha Santa, experiencia religiosa de los curas obreros de la Sierra Sur de Sevilla*. Madrid, PPC, 2001 y Quitián, Antonio et al, *Curas obreros. La cruz y el martillo*, Granada, Zumaque, 2009.

desearon ir compartiendo, desde la pobreza y el interior del mundo obrero, todo lo que en la clase obrera se tenía, porque esto les posibilitaría el encuentro previo del que derivaría una mejor fraternidad como paso necesario, a su vez, para conseguir una solidaridad plena que les llevara a la lucha por la justicia, las reivindicaciones colectivas, o la colaboración con los movimientos de liberación existentes. Una suerte, en definitiva, de conciencia de clase. Todo ello marcado con el sentido profundamente evangélico que les reconocían a las luchas de masas obreras y populares: conflictos colectivos, manifestaciones, encierros, etc., como medios de presión para que la sociedad gaditana fuera más justa y fraterna. Así, el cura obrero tenía la obligación de empoderar a su compañero trabajador, preparándolo conscientemente para:

“No ser utilizado y que se unan a los distintos frentes de lucha con conciencia, responsabilidad y elementos de juicio válidos. Trabajo lento muchas veces de cara a la formación de los militantes pero necesaria. Confiar en que toda persona es capaz de evolucionar”.²

En esa línea y de forma resumida, otro cura obrero extradiocesano, sintetiza en pocas palabras la misión del sacerdote en el trabajo en la diócesis de Cádiz:

“En aquel momento éramos muchos los que creíamos que como sacerdotes seculares debíamos salir al encuentro de las personas allí donde estuvieran. El encuentro en el trabajo lo veíamos fundamental, nos igualaba a los demás trabajadores en la forma de ganarnos el sustento y nos permitía unir nuestro esfuerzo a los demás compañeros en la lucha liberadora sindical-política” (Javier Roiz Corcuera. Entrevista telemática. 4 de mayo de 2015).

² ARCHIVO PERSONAL DE JUAN CEJUDO, Cádiz: “Responde Juan Cejudo. Obrero sacerdote”, sin fecha, páginas 7-8. En este interesante texto escrito por uno de los pioneros de los curas obreros diocesanos, el sacerdote responde a aquellas cuestiones que se les hacía desde la comunidad de base que contribuyó a crear y a la que pertenecía. En este caso explicaba el compromiso al que se veía abocado todo cura obrero.

Pero la forma de articular esos deseos, no pasaba por el intento de conversión o de evangelización, como explica con claridad el “padre de los curas obreros gaditanos” (apelativo que le otorga el global del grupo) Alfonso Castro con estas palabras:

“Con proselitismo desde luego no. Nosotros demostrábamos nuestra forma de ser cristianos con nuestros actos. Yo conocía a algunos que habían estado en la JOC [Juventud Obrera Cristiana], así que junto a ellos, queríamos crear una comunidad no para que “se convirtieran los obreritos”, sino para nosotros vivir nuestra fe y vivirla con la gente con la cual sintonizábamos. Para entrar en comunidad con otros, cuanto más se parezcan las vidas mejor [...], recuerdo que cuando al principio le dijimos a Añoveros que íbamos a trabajar le pedimos que no nos mandase a ninguna parroquia. “¿Por qué?”, nos preguntó. Le dijimos: porque la parroquia es una institución de poder, la gente acude a la parroquia porque necesita algo del párroco, porque él tiene prestigio en el pueblo, lo que nosotros queremos es vivir en el barrio y sobre la marcha ir viendo lo que nos va descubriendo la vida, el espíritu y lo que nosotros buscamos. Nosotros no teníamos, digamos, un trabajo de cura”. (Alfonso Castro. Entrevista personal. 24 de diciembre de 2014).

Y es que si hasta hacía los años sesenta al sacerdote se le tenía como el árbitro de innumerables cuestiones, siendo uno de los personajes más importantes de la sociedad en sus status de padre, maestro y juez, ya empezaba entonces a mostrarse despojado del ropaje casi mágico con el que tradicionalmente se le había envuelto y se le empezaba a ver como un hombre, con sus virtudes y defectos, con una posición social ambigua. Esta era precisamente causa de sus problemas personales y sociales de entonces, pues estar en el mundo y no ser del mundo era ya una situación, como mínimo, poco concreta y, por tanto, difícil de ejecutar, lo que le hizo ir perdiendo prestigio y ser menos buscado por la comunidad que les rodeaba.

El cura obrero, sin embargo, no esperaba a que le buscaran, sino que él iba al encuentro, por-

que entendía que esa era su misión por vivir en sociedad. Para ello, se marcaba una serie de tareas específicas a realizar en la diócesis de Cádiz, que se podrían estructurar fundamentalmente en los fines que siguen a continuación.

Ante la censura de la información: comunicación

Los curas obreros fueron fieles al Concilio Vaticano II cuando en sus actuaciones cumplieron el mandato de informar con veracidad en un marco de censura informativa asfixiante en las postrimerías del franquismo. Fue el propio Vaticano II el que afirmó: “Existe en la sociedad humana el derecho a la información; una información que sea siempre verdadera y, salvadas la justicia y la caridad, sea también íntegra y honesta”³. En respuesta a este mandato, cuando se encontraban en los lugares comunes con sus conciudadanos no dudaban en informarles de acontecimientos que sucedían en su país o en su propio entorno y que de otra manera difícilmente podrían conocer.

Como ejemplo de este deseo de informar, se puede señalar la homilía que tuvo lugar el 30 de octubre de 1971 en La línea de la Concepción, a cargo del coadjutor de la parroquia de San Bernardo Abad, Carlos Vidal, en la que denunciaba las injusticias del mundo laboral por medio de hechos cotidianos que desconocían la mayoría de sus feligreses⁴, señalando que en el partido de fútbol que días antes se había televisado entre España y Rusia, se habían ofrecido muchas entrevistas hechas tanto al entrenador como a los jugadores. Como contraste a ese despliegue televisivo, el cura hizo saber, que tanto la propia televisión española, como la propia prensa escrita, silenciaron durante toda la semana hechos como: el ingreso de la China en la ONU, el reconocimiento de premio Nobel para Neruda, y, en el ámbito laboral, los problemas laborales surgidos en la SEAT, entre

³ Concilio Vaticano II. Decreto Inter Mirifica sobre los medios de comunicación social, 5.

⁴ ARCHIVO HISTÓRICO PROVINCIAL DE CÁDIZ (desde ahora AHPC), Gobierno Civil (desde ahora G.C.), Orden Público y Derechos Ciudadanos (desde ahora OPyDC) Caja 2940, Carpeta 3.4., Asuntos Religiosos, (desde ahora A.R.): “nota informativa de la policía de 5 de noviembre de 1971”, páginas 2-3.

cuyos trabajadores se encontraban, dijo el cura, ciudadanos de La Línea. También protestó por el hecho de que mientras los jugadores de la selección española habían recibido 100.000 pesetas de prima había en Sevilla, ciudad donde tuvo lugar el encuentro de fútbol, 18.000 parados. También aludía el cura obrero, aunque indirectamente, por medio de recortes de prensa que habían colocado los feligreses en la puerta de la parroquia a modo de mural a otras injusticias que no habían tenido cobertura mediática: la supresión por la Autoridad Gubernativa de la reunión a celebrar en la Universidad de Deusto por la Asociación de Pensadores Cristianos, la suspensión de la reunión de la HOAC en Madrid que pretendía hacer balance del año o la suspensión de una Conferencia en una Universidad madrileña sobre Picasso.

Denuncia profética

La propia Conferencia Episcopal española, en Asamblea Plenaria, aprobó el 23 de enero de 1973 el documento: La Iglesia y la Comunidad Política⁵, que bajo el epígrafe La denuncia profética, quiso zanjar la cuestión que tantos años llevaba en boga referida a tachar de inmiscuirse en cuestiones políticas a aquella parte del clero que denunciaba realidades injustas cuando señala en sus conclusiones que:

“[...] el silencio por falsa prudencia, por comodidad o por miedo a posibles reacciones adversas, nos convertiría en cómplices de los pecados ajenos, seríamos pastores infieles a la misión [...] con perjuicio para los más débiles y oprimidos [...] la denuncia de los pecados sociales, hecha con espíritu evangélico, con sana independencia y con verdad, contribuye a librar a la sociedad de todas aquellas lacras que la envilecen y corroen en sus más sólidos fundamentos”⁶.

“[los presbíteros] están obligados en la medida de sus posibilidades, a adoptar una línea clara de acción cuando se trata de defender los derechos humanos, de promover integralmente la persona y de trabajar

por la causa de la paz y de la justicia, con medio siempre conformes al Evangelio”.⁷

Con doctrina tan clara como esta y otras decisiones tomadas en encuentros como la asamblea conjunta, fase diocesana⁸, de obispos-sacerdotes⁹, los curas obreros gaditanos optaron por predicar el Evangelio desde una función de interpelación y denuncia de las injusticias que presenciaban en la sociedad de sus días, ejecutándola desde una actitud de compromiso y servicio respecto de la clase obrera, cuando lo podrían haber hecho desde una postura descarnada, intemporal o meramente espiritualista.

Para ilustrar esta actitud, citar la homilía efectuada por José Ramón Pérez Perea el 3 de no-

⁷ Ibid., Punto 34, 96.

⁸ A este respecto se puede recordar la Ponencia “Sacerdocio Ministerial” 2, cuyo ponente fue Antonio Brajones, en la que se hizo una declaración de principios general: “Debemos pretender que nuestras acciones pastorales se dirijan al hombre concreto, determinado por múltiples situaciones, que le condicionan en su desarrollo”. Se insistió en la misma ponencia en que el cura debía vivir en constante caminar, creciendo en justicia y verdad y debiendo ser consciente de que ser sacerdote era una forma de ser hombre y un medio de servir a los hombres. En: AHPC, G.C., OPyDC. Caja 2942. Carpeta 3.4. A.R.: Informe de la Dirección General de Seguridad de 6 de junio de 1971, páginas 3-5.

⁹ A nivel nacional, la Asamblea Conjunta de 1971 constituye la conversión real de la Iglesia española al Concilio y a la misión perfilada por la Populorum Progressio y la Octogésima Adveniens, refrendada por el sínodo sobre el Sacerdocio y la Justicia en el Mundo. Es allí donde la Iglesia española asume la evangelización y el compromiso en la promoción y liberación humanas como cuestiones que ahora entiende atañe a todo el pueblo de Dios. Como consecuencia, la Iglesia española asumió la función crítica de su misión y encontró su presencia conciliar en la nueva sociedad reconociendo la necesidad de ir hacia una iglesia misionera, libre y profética frente al poder e inclinada hacia los alejados y al servicio de los más pobres. Precisamente, gracias a estas asambleas a nivel diocesano, como sus fases posteriores regionales y nacional, puede percibirse el despegue de la Iglesia española respecto del régimen de Franco a nivel institucional y jerárquico y que ya se había manifestado desde mediados de la década de los cincuenta del siglo XX en las bases, en el nuevo y joven clero preocupado por lo social y en los movimientos de apostolado seglar.

⁵ Boletín Oficial del Obispado de Cádiz y Ceuta, marzo de 1973, páginas 78-115.

⁶ Ibid., Punto 31, 95.

viembre de 1973 en su iglesia de La Línea por ser un claro deseo de denunciar la situación en que se encontraba el sector pesquero de esa ciudad. En ella se refirió al número de familias que vivían a expensas de esa profesión, así como a su peligrosidad, a la cantidad de personas que durante el año morían en el ejercicio de la profesión, y a los apresamientos de que eran objeto los pesqueros por parte de patrulleras marroquíes. También hizo hincapié en la situación de explotación de que eran objeto los pescadores “por parte de cuatro caciques: bajos sueldos, condiciones inhumanas de trabajo, carencia de reglamentación laboral, etc.”¹⁰.

Este mismo cura, en otra de sus homilias al público asistente, dijo algo que sonaba a justificación de su magisterio, algo *sui generis* pero muy definitoria de lo que consideraba la denuncia profética que lanzaba desde sus púlpitos: “lo expresado “no era hacer política”, sino presentar a Dios nuestros problemas en actitud de oración”.¹¹

Socialización política y laboral/sindical

En el contexto señalado por los dos fines anteriores, se concretaba la misión en poner en práctica aquellas estrategias de socialización en materia laboral o sindical que contribuyeran al empoderamiento de la clase trabajadora gaditana, para conseguir no solo que la clase obrera interiorizara valores y normas sociales acordes con los derechos y obligaciones del mundo de las relaciones laborales, sino también formarles en la adquisición de destrezas y habilidades que les orientaran hacia su implicación organizativa y/o sindical en la lucha contra aquellos que mostraban un continuo antitestimonio fomentando un sistema injusto. Tales como aquellos empresarios y autoridades que en su vida cotidiana lo mismo explotaban a su hermano trabajador que asistían a misa. En cierta manera, llevaban al extremo aquella idea que transmitiera Giulio Girardi cuando afirmó que: “hay que amar a todos, pero no a todos del mismo modo:

a los oprimidos se les ama liberándolos; a los opresores se les ama combatiéndolos [...] liberándolos de su pecado”.¹²

Baste con recordar la homilía que realizó Carlos Vidal el 2 de octubre de 1971 en la que se refirió al salario que cobraban muchos obreros, que consideraba tan bajo que no les permitía vivir decorosamente ni a ellos ni a su familia. Mencionaba, además que la huelga era una forma de manifestar algo tan justo como la subida de salarios y defender los derechos que les pertenecían a los trabajadores cuando sienten que le están robando a él y a los suyos. Como ejemplos de actividades reivindicativas, hizo alusión al problema que existía en las minas de Asturias y cómo los mineros se movilizaron para encerrarse en las mismas para exigir la mejora de su situación económica mediante la subida del salario. Finalmente, comentó que el Gobierno vigilaba muy estrechamente a los ciudadanos para impedirles que pudieran asociarse y reunirse, para acabar diciendo que: “se veía obligado a hablar de este tema, ya que es un deber de la Iglesia defender los derechos humanos”.¹³

La separación expresa de lo eclesial y lo civil en actos promocionados por la Iglesia

Decidida era la oposición del grupo a participar físicamente en cualquier en aquellos actos en los que los poderes político y religioso parecían mezclarse inevitablemente, poniendo así su granito de arena en el trabajo de visibilizar la que entendían como necesaria separación Iglesia-Estado. Y es que para ellos era fundamental que se revisaran las relaciones de la Iglesia diocesana con representantes de la Dictadura franquista en aquellas actuaciones públicas que para el pueblo eran un signo de alianza y de aprobación de las estructuras y personas que oprimían y negaban el ejercicio de los derechos a los trabajadores. Así, se negaban a aparecer, por ejemplo, en actos tan populares y frecuentes en la Bahía de Cádiz como eran las bendiciones de buques el día de sus botaduras, pues participar en ellas era una forma de apoyar

¹⁰ AHPC, G.C., OPyDC. Caja 2944, Carpeta 3.4., A.R. “Homilía del día 3 de noviembre: parroquia de San Bernardo, enclavada en el barrio de pescadores de “La Atunara”, página 1.

¹¹ AHPC, G.C., OPyDC. Caja 2944, Carpeta 3.4., A.R.: “Homilía en la Línea”, nota informativa de la policía de 21 de diciembre de 1973, página 3.

¹² Girardi, Giulio, Amor cristiano y lucha de clases. Salamanca, Sígueme, 1971, página 8.

¹³ AHPC, G.C., OPyDC. Caja 2942, Carpeta 3.4., A.R.: “nota informativa de la Comisaría provincial de la Policía de 6 de octubre de 1971”, página 1.

implícitamente las lamentables relaciones laborales existentes en los propios astilleros. También eran críticos con las presidencias oficiales en manifestaciones de religiosidad popular como las procesiones de Semana Santa, siendo contrarios a que éstas recayeran en autoridades civiles, militares o policiales, pues eran ellos precisamente, en manifestaciones o movilizaciones laborales, los encargados de acosar, detener o maltratar a ese mismo trabajador que eventualmente participaba en la procesión.

Para ilustrar esta realidad, se puede destacar lo combativo que fueron al respecto los curas obreros vascos que trabajaban en La Línea de la Concepción. En esta ciudad, como en tantas de Andalucía, existía una tradición de años por la que, al llegar las fechas de Semana Santa, los párrocos y Hermanos Mayores de las Cofradías cursaban invitaciones a las autoridades civiles y militares para que asistiesen a las presidencias oficiales en las procesiones que tenían su sede y salida en las diferentes parroquias. Por entonces, los curas obreros José Ramón Pérez Perea y Carlos López de Arbina, párroco y coadjutor de la Parroquia de San Bernardo Abad, enviaron una carta dirigida al Comisario Jefe de la policía en la que dejaban sin efecto la invitación que tradicionalmente se cursaba, exponiendo una serie de puntos o razones por las que no veían función alguna de tales presidencias en las procesiones. En esa carta señalaban que razones pastorales y teológicas “nos movieron a rogar a la Presidencia Oficial de autoridades renunciase a la misma. Por causas ajenas totalmente a nosotros los sacerdotes, se han cursado invitaciones sin tener en cuenta esta decisión tomada por los responsables, con anterioridad”¹⁴. Las razones a las que aludían expresamente para tal negación de invitación se reproducidas a grandes rasgos a continuación, por resumir perfectamente qué significaba para el cura obrero este acto simbólico de protesta ante la secular comunión Iglesia-Estado:

- Por no ver función alguna a la figura de la llamada Presidencia, pues carecía de todo papel representativo. Y es que, según ellos,

el Pueblo de Dios no había elegido a ningún señor para que le representara en la Procesión.

- Por el carácter de Pueblo de Dios, que a decir del Concilio Vaticano II no diferenciaba en categorías y todo hombre tenía idéntica dignidad. Así, no veían razón alguna para el sostenimiento de discriminaciones.
- Por el carácter penitencial de dicho acto, que, según sus opiniones, era contrario al exhibicionismo que representaban el lucir trajes de gala. Argumentaban al respecto que: “no cuadraría seguir al Maestro humillado y desnudo, si no es por el camino del despojamiento y el anonimato”¹⁵.
- Finalmente, aludían a la que denominaban debida y respetuosa separación Iglesia-Estado, de la que, aseguraban, el Pueblo era muy sensible.

Otro claro ejemplo de este deseo de no participación activa en este tipo de actos de gran relevancia pública fue el que protagonizó el 18 de octubre de 1970 el cura obrero extradiocesano Javier Arrieta Nájera con motivo de la visita efectuada a La Línea por los Ministros de Obras Públicas y Plan de Desarrollo. Se había programado que, aprovechando la presencia de los ministros, éstos pudieran participar en la inauguración de la recientemente construida Casa del Mar de la localidad, destinada para los pescadores de la Barriada de *La Atunara*, para así dar más solemnidad al acto. Por ello, días antes, el Delegado del Instituto Social de la Marina y Secretario Local de la Hermandad de Pescadores, se entrevistó con Arrieta Nájera, entonces párroco de la Iglesia de Nuestra Señora del Carmen, en cuya demarcación estaban ubicadas las nuevas instalaciones, con el fin de acordar su bendición en el mismo momento de ser inaugurada por las Autoridades. Ante esta invitación, el cura les expuso que estimaba que la inauguración y bendición eran actos completamente independientes, la primera, a realizar por las autoridades, y la segunda, a su cargo, sólo se haría en presencia de pescadores y familiares que eran para los que estaba destinado el nuevo edificio. Lo que más llega a sorprender

¹⁴ AHPC, G.C., OPyDC. Caja 2939, Carpeta 3.4., A.R.: “Carta de los sacerdotes de la parroquia de San Bernardo, en La Línea de la Concepción, sobre presidencias oficiales en procesiones, nota informativa de la policía de 30 de marzo de 1970, páginas 2-5.

¹⁵ Ibid., página 2.

era la excusa que el cura esgrimía para la negativa a la participación en el acto: y es que ese día, como cualquier otro de faenas, tenía inexcusablemente que salir a la mar a trabajar como pescador.

3. LOS MECANISMOS DE SOCIALIZACIÓN

Es evidente que, cuanto más tiempo dedicara el cura obrero a las labores parroquiales, más posibilidad tenía de poner en práctica dos de los mecanismos de socialización más reveladores de la articulación de su magisterio: las homilías y la edición de hojas parroquiales.

Era la homilía tal vez el medio que más repercusión mediática se utilizaba para conseguir esa promoción del desarrollo cultural, económico y social de la clase trabajadora y de expresar la lucha contra la injusticia social que se marcaban como objetivos. Y es que, desde el púlpito, por medio de las homilías o las preces litúrgicas eran muchos los valores democráticos, sindicales o de denuncia que se podían lanzar a los fieles. Ejemplos se han dado en páginas anteriores. Tanto es así que era habitual encontrar entre los asistentes a las misas de los curas obreros miembros de la Brigada Social de la policía franquista o de sus confidentes, interesados en detectar contenidos contrarios al espíritu nacional.

Por otro lado, las hojas parroquiales editadas en parroquias en manos de curas obreros solían basar su línea editorial en una nueva doctrina que entendía la existencia de una Iglesia libre de privilegios, pactos y servidumbres, que debía denunciar clara y explícitamente cualquier situación injusta y promover la liberación de las clases oprimidas. Aunque era común que toda parroquia editara y distribuyera entre sus fieles un boletín parroquial, había algunos de ellos que destacaban sobre los demás por su interés en denunciar los problemas sociales y laborales de la parroquia o del barrio. Y, de entre de ellos, se puede citar como ejemplo el boletín parroquial "Divina Pastora" que se realizaba desde esta popular y reivindicativa parroquia gaditana. Este boletín, que como informaba a sus lectores, era de uso interno de Cáritas parroquial, realizó una importantísima labor de socialización política y laboral durante los años de la transición. Este era el interés de su máximo valedor, el cura obrero José Araujo ("Pepe

el Capuchino"). En un recorrido rápido por todas las páginas de los boletines editados se pueden encontrar una serie de apartados tan significativos como los siguientes:

- Un "vocabulario socio-político de urgencia". Que enseñaba a sus fieles el significado de vocablos a los que, tal vez por desuso en años de dictadura, se desconocía en profundidad su significado o recorrido histórico. Pudiéndose así encontrar definiciones de términos de significación política o sindical como: amnistía, burguesía, autonomía, autogestión, comunismo, constitución, fascismo, inflación, coalición, sistema electoral, plebiscito, socialdemocracia, socialismo, etc.
- Una serie de dossiers bien documentados sobre ciertas temáticas de interés para el trabajador. Destacaban aquellos dedicados a las fuerzas sindicales: CNT, USO, CC.OO y UGT., y otros de relevancia histórica como los dedicados a la Revolución Rusa de 1917.
- Información de carácter sindical. A partir del número cinco del segundo año inició una sección denominada: "información sobre cuestiones de derecho del trabajo", que abordaba, entre otras temáticas sobre materia jurídica laboral, el tema del despido, ya que "ocupa el primer lugar de los problemas que tienen hoy los trabajadores con el trabajo"¹⁶. También trató en otros números la protección en el trabajo, el derecho a la huelga, el seguro de enfermedad, etc.
- Artículos de opinión. Abordaban temas como el paro, del que señalaban como su causa principal, tras ofrecer datos cuantitativos del mismo en el país: "la economía capitalista que emplea al obrero como mercancía, la "utiliza" según su máximo beneficio"¹⁷.

Eso sí, hay que relativizar el poder socializador de estas dos herramientas: homilías y hojas parroquiales. Y es que, en primer lugar, los cu-

¹⁶ ARCHIVO PARROQUIAL DE LA DIVINA PASTORA, "Boletín parroquial Divina Pastora", nº 5, 1977, página 6.

¹⁷ Ibid., nº 6, mayo de 1976, página 1.

ras obreros no eran mayoritariamente hombres de parroquia en sentido estricto y, en segundo lugar, que no eran precisamente los obreros y trabajadores gaditanos los que más aparecían por los templos repartidos por la diócesis. En todo caso, podían ser sus familiares, particularmente sus esposas.

Sin embargo, todos los curas obreros coinciden en que implementaban una técnica común, esencialmente intangible, se trata de la *presencia*. En una primera aproximación, se puede aludir con este término a una presencia física habitual en el lugar donde se encontraba la clase trabajadora. Yendo un poco más allá, aludiría al deseo de no estar separado de la realidad de un ambiente concreto, el obrero, pues les impediría vivir las contradicciones allí presentes. Pero el término tiene un recorrido más largo y trascendente, descubriría entre los trabajadores un mensaje cristiano de indudable valor simbólico: el ver como compañero de trabajo a un representante de la iglesia pobre y explotado.

4. LA VIDA Y EL TRABAJO EN EQUIPO: LA CÉLULA DE LA ORGANIZACIÓN

En la historia de los curas obreros, la vida de equipo se fue convirtiendo progresivamente en uno de los elementos constitutivos de la manera de vivir su magisterio. Era, al mismo tiempo, el lugar propicio para la revisión de la vida obrera y la oración, pero también el lugar donde se compartía la vida y se verificaban las decisiones y opciones que tomaban, vinculando, por estar abierta hasta a los propios laicos, a otras comunidades de creyentes. El equipo era, por así decirlo, la *célula*¹⁸ en la que buscaban los curas obreros el sentido para el hombre del momen-

¹⁸ El utilizar este concepto para hablar de subgrupos dentro del grupo de los curas obreros gaditanos es por utilizar el mismo que solían usar las autoridades policiales y gubernativas. Se puede recordar, por ejemplo, que tras las indagaciones pertinentes de la policía, fueron detenidos entre los días 5 y 6 de junio de 1973 los curas obreros Alfonso Castro y Juan Cejudo precisamente por acusarles de pertenecer a una célula comunista. En palabras más legalistas, fueron detenidos en relación a sus supuestas actividades ilegales lo que, entre otras consecuencias, ocasionó el registro de su domicilio y la incautación de materiales que las autoridades entendieron como subversivas.

to, quienes, al trabajar y vivir en equipo, no hacían otra cosa de responder a aquellas obligaciones y recomendaciones del obispado que animaban a fomentar el trabajo en equipo frente a la individualidad para alcanzar los objetivos del trabajo pastoral. La razón de ese empeño era que la unión posibilitaba a los sacerdotes que se alentaran mutuamente y así no decayeran ante las adversidades y que lograran tener un espíritu de mutua ayuda y caridad fraterna entre ellos.

Es precisamente en los subgrupos que formaron, llamados desde un punto de vista más eclesial que sociológico *equipos sacerdotales* donde el impacto de la socialización (que le ayudará a la posterior integración en la clase obrera) fue más esencial y duradero, encontrando en ellos la satisfacción de gran parte de sus necesidades espirituales e inquietudes personales relacionadas con ese mundo obrero en el que ya se movían cotidianamente¹⁹. Estos subgrupos, en los que tenían cabida no solo curas obreros sino también sacerdotes no implicados en el trabajo manual, se ajustaban perfectamente a la definición de grupo primario que le caracteriza por el reducido número de miembros que lo integraban y que permitía, en palabras del sociólogo Cooley, unas relaciones "cara a cara" (face to face) entre todos ellos y que facilitaba tanto el conocimiento personal como que mantuvieran relaciones directas dentro de un clima afectivo generalmente intenso. Un subgrupo, además, al que se adhirieron de forma voluntaria y en el que no existían ordenantes y ordenados, lo que, a su vez, permitió a

¹⁹ Eran equipos sacerdotales que respondían a la necesidad de una pastoral tan compleja como la de la sociedad de entonces, que no permitía que un mismo sacerdote pudiese especializarse en todos los aspectos, haciendo imprescindible que algunos de ellos se especializaran en pastoral obrera como otros lo hacían en liturgia o en catequesis, unos equipos sacerdotales que, como se aconsejaba desde la jerarquía diocesana, debían entrar en contacto con otros equipos que trabajaran en el mismo campo pastoral para evitar su aislamiento e interesar a otros curas no dedicados a estos menesteres por su trabajo. Houtart, Francois, "La sociología y la pastoral urbana", *Parole et Mission*, 20 (1963), páginas 55-78. Revista trimestral de teología misionera publicada por los dominicos franceses desde 1958 a 1971.

todos y cada uno de sus miembros gozar de un mayor margen de libertad psicológica, expresar más espontáneamente actitudes y juicios y desarrollar en mayor medida su espíritu crítico. Obviamente, hay que entender esta igualdad formal de una manera puramente teórica, pues como la dinámica del grupo demostró, existían diferentes estatus desigualmente situados en cuanto a la toma de decisiones, realización de tareas, transmisión de mensajes, papeles de líderes, de gregarios, etc., según talentos y carismas, aunque esto se demostró no tanto dentro del propio equipo, sino más bien con los actos que cada uno, como decisión personal, desempeñaría de forma individual dentro del grupo secundario: movimiento obrero, tejido asociativo gaditano, movimiento vecinal, mundo juvenil, etc.

Los equipos sacerdotales

Para describir cómo se desarrollaba la vida y el trabajo en equipo, tanto en la fábrica como en la vida en común, se ilustran a continuación a cinco equipos localizados en tres entornos territoriales distintos: dos en la ciudad de Cádiz, otro en Puerto Real y dos en el Campo de Gibraltar, uno en La Línea de la Concepción y otro en Algeciras. En cada uno de estos equipos, se observa la vida de unos curas que eran, en su mayoría, jóvenes, como sus compañeros obreros de la fábrica, que hacían de sus hogares un espacio abierto y público de encuentro.

La vida conjunta en Cádiz capital

La más destacada de las experiencias de vida en común de curas obreros que tenía lugar en Cádiz era la que tenía lugar en la casa chalet *San Ignacio* del barrio gaditano de La Laguna²⁰. Allí convivieron cuatro curas trabajadores de Astilleros: Juan Cejudo, Alfonso Castro, José Luis Muñoz y, finalmente Pedro Nolasco. Entre las peculiaridades de la vivienda estaba que la llave de entrada estaba escondida en una ranura existente en la pared junto a la puerta para que

la gente que quisiera entrar pudiera cogerla sin autorización alguna.

La parte más lúdica de la convivencia en esa casa la recuerda como un auténtico hervidero de gente, ya que en ella lo mismo se hacía una caracolada que se organizaba una charla formativa para jóvenes sobre sindicatos o sobre los distintos partidos políticos que entonces se estaban movilizando. Esto hacía que el chalet contara con la perpetua visita de vigilancia gubernativa, siendo bastante común que se colocara un policía en la puerta de la entrada a pedir la identificación a la gente que entraba y salía. Algunas veces esta vigilancia se convertía en acoso y otras, desgraciadamente, llegaba a mostrar como la policía social de entonces se extralimitaba de forma recurrente en sus funciones, como nos cuenta uno de sus habitantes al hablar de la detención de Pedro Nolasco:

“Se lo llevaron por la noche para hacerle una serie de preguntas: “¿que hacéis en el chalet?”, pues: “damos misa”, contestó. “Eso ni es misa ni nada. Ni ustedes son curas ni nada. Ten cuidado o te vamos a coger otra vez”. Cumplieron lo dicho, lo cogieron otra vez, se lo llevaron a comisaría, mientras él permanecía dentro, le esperábamos nosotros fuera [también esperaba Juan Cejudo]. Al rato salió con un pañuelo lleno de sangre. Le habían dado una serie de puñetazos.” (Alfonso Castro. Entrevista personal).

También se desarrollaban en la vivienda otras acciones más evangélicas, como la celebración de eucaristías, que si en un principio solo eran capaz de atraer a tres o cuatro personas poco a poco fueron creciendo, gracias al deseo del equipo de vincular a otras comunidades de creyentes y a cualquier laico de los barrios humildes de Puntales o el Cerro del Moro. Al respecto, precisamente hay que destacar de la convivencia en esa vivienda la inmersión el barrio, llegando a vivir sus habitantes la comprensión de las mismas clases populares que les rodeaban y que venía a significar (a los ojos de los curas obreros) el triunfo de sus deseos de encarnamiento. Esto se mostraba con el afecto del día a día y las muestras objetivas de solidaridad que el pueblo tenía con estos curas en tiempos difíciles como aquellos en que sufrían,

²⁰ Evidentemente, cuando hablamos de chalet no debemos pensar en una casa de lujo, como habitualmente se entiende al citar a este tipo de viviendas, sino a una serie de chalets antiguos y desgastados que pertenecían a una misma propietaria-casera que los alquilaba.

como cualquier obrero más del barrio, el yugo del desempleo. Esto se ilustra con testimonios de los propios curas obreros que narran como en una ocasión una señora del barrio de Puntales se presentó voluntariamente y de forma totalmente desinteresada para prepararles la comida y limpiar el chalet cuando se enteró de que los curas obreros estaban solos en casa sin actividad alguna. En otro momento también fue a visitarles una señora del Cerro del Moro para llevarles un cartucho de garbanzos y otro de lentejas, quien les dijo: “He ido al economato de Astilleros por un mandado y me he acordado de ustedes”. Tan agradecidos estuvieron a la señora los curas obreros que recuerdan que cuando se fue le entonaron el “Te Deum” (te damos gracias señor porque queremos que las cosas cambien). “En esos momentos sentimos que venían desde el pueblo al cura a darnos, no a pedirnos. Esa era la línea que queríamos. Esas eran las cosas que nos iban dando vida”. (Alfonso Castro. Entrevista personal).

La vida conjunta en Puerto Real

Este equipo estuvo compuesto fundamentalmente por dos curas obreros que trabajaban en los Astilleros de Matagorda: José Vitini Díez y Javier Fajardo. Aunque durante los años 1971 y 1972 también compartió equipo Sebastián Álvarez Toledo, un tarifeño que no llegó a ordenarse sacerdote. También formó parte del equipo Francisco Álvarez Mateo, quien desafortunadamente sufrió un accidente de moto durante uno de los veranos en los que los seminaristas trabajaron en Cádiz, dejándole secuelas en una pierna. Por ello, no pudo, ya como cura, trabajar en Astilleros, comenzando a trabajar de profesor en una academia privada de primaria y secundaria. Se trataba de una persona muy inteligente, intelectual y muy capacitada para el estudio; de hecho, desde el seminario se le había propuesto para continuar sus estudios teológicos en Roma. Sin embargo, prefirió irse a formar equipo con sus compañeros de Puerto Real y dejar de lado una más que prometedora carrera eclesial.

También vivió en esa casa el cura progresista Antonio Troya²¹, lo que siempre recuerda muy

²¹ Cura progresista de la época, catalogado por el grupo, como el “patriarca” del fenómeno. Este sacerdote se erigió en uno de los líderes del clero que

positivamente, pues fue producto de un gesto de generosidad de los más jóvenes para con él cuando le insistieron, tras el fallecimiento de su madre, de que se fuera a vivir con ellos para no quedarse solo. El cura progresista aceptó la invitación y desde ese luctuoso episodio vivió como un integrante más del equipo.

Convivieron en primer lugar en una casa de la calle San Alejandro de Puerto Real, terminando su convivencia en otro domicilio de la Calle Nueva de la misma localidad. La característica principal de ambas era que tenían las puertas abiertas de día y de noche, de tal modo que ni ellos ni cualquier otra persona que quisiera entrar requerían de una llave, siendo frecuente que entraran y salieran tanto amigos del trabajo como jóvenes de la parroquia que acudían para charlar, pedir prestado algún libro, jugar a las cartas o tomarse alguna copa mientras escuchaban música. El fomento de estas actividades les permitió hacer muchas amistades entre el sector más joven de la sociedad gaditana, pues ellos también lo eran (por ejemplo, Javier Fajardo se fue a vivir a ese hogar con solo 23 años) y compartían mismas aficiones. Del mismo modo llamaba la atención que todo el dinero que ganaban con su trabajo manual gracias a sus nóminas de Astilleros lo colocaban en una caja común sin contabilidad alguna sobre lo que entraba o salía, por lo que cualquiera podía coger dinero para comprar lo que deseara sin dar cuentas a nadie

Entre los momentos de diversión y entretenimiento que les permitía la vida en común y el contacto con los jóvenes y aquellos más serios que significaba una vida en común basada en

servía de apoyo y cobertura al grupo, participando activamente en sus reuniones. Precisamente el obispo Añoberos al conocer su traslado a Bilbao le hizo un encargo de gran calado, muy personal y muy comprometido a Troya Magallanes. Se trataba de que, en su ausencia, fuera el encargado de orientar y supervisar a aquellos seminaristas que se iniciaban en el mundo obrero debido al temor del obispo de que éstos se quedaran sin ordenar sin su presencia en la diócesis, pues estaba seguro de que su marcha a un nuevo destino no garantizaba su ordenación. Así, pretendió que Troya avalara el compromiso, seriedad y rectitud de tales seminaristas respecto del obispo que le sucediera, con el fin de dejar atado cualquier fleco de tipo jurídico y eclesial que les incapacitara para su posterior ordenación.

las enseñanzas del Evangelio, Fajardo y Vitini acudían constantemente al núcleo del mundo obrero fuera de horarios de trabajo para implicarse en temas laborales de la mano del sindicato ilegal comisiones obreras y de los enlaces laborales.

El equipo sacerdotal de los Padres Capuchinos

También en Cádiz capital hay que citar, aunque sea de forma breve, por no ser un equipo que como tal tuviera amplio protagonismo o recorrido en la diócesis, el conformado por Pepe el Capuchino y otros dos frailes obreros de la orden capuchina en Cádiz: Antonio García Rubio, que trabajó como voluntario en el hospital de Cádiz realizando labores de peón no especializado y Francisco Chaparro, quien trabajó poco tiempo en trabajos manuales en Cádiz, marchando pronto a Sevilla donde simultaneó su magisterio en una comunidad de base con el trabajo manual que le acarrecaba la empresa dedicada a la cerámica que él mismo fundó.

La vida conjunta en La Línea de la Concepción

Pero, sin duda alguna, si hubo un grupo de curas obreros en la diócesis que era mirado con lupa por las autoridades civiles y, por estar en el Campo de Gibraltar, por las autoridades militares (Gobierno Militar del Campo de Gibraltar) era el conocido como *grupo de los vascos* o *del norte*. Este grupo estaba integrado por un grupo de curas vascos que fueron traídos a La Línea por el entonces obispo de la diócesis Añoveros, quien aprobó la decisión del Padre Junco, arcipreste de La Línea, que les pidió colaboración.

La persona más representativa del grupo era José Ramón Pérez Perea quien sería etiquetado por las autoridades civiles y militares tras sus años de militancia en la ciudad como: “considerado destacado progresista y con actividades contrarias a su Ministerio rayanas en lo subversivo”²² y “la cabeza principal del grupo que aprovecha toda ocasión para exteriorizar sus ideas subversivas, atacando más o menos en-

²² AHPC, G.C., OPyDC. Caja 2939, Carpeta 3.4., A.R.: “nota informativa de la Policía Armada de 25 de abril de 1968”, páginas 1-3.

cubiertamente al Régimen e Instituciones en cumplimiento de las consignas comunistas”.²³

El segundo de ellos era Javier Pérez Arrieta quien antes de coincidir en la misma parroquia que Pérez Perea, la de San Bernardo de la pobre barriada de pescadores de La Atunara había estado destinado en la parroquia de Nuestra Señora del Carmen de la misma ciudad de La Línea. Poco tiempo después también fue enviado a su parroquia Carlos Vidal López de Arbina Echevarría, quien en un principio a su llegada a La Línea en el año 1968 fue destinado a la Iglesia de San Pio X, desde donde él mismo pidió su traslado a la Iglesia de San Bernardo. En lo que respecta a su actividad en el campo laboral, llegó a ser desde hortelano hasta peón de la construcción.

Al equipo de trabajo se unió Javier Arrieta, que ya se había hecho cargo de la vecina parroquia del Carmen. Él fue, precisamente, el encargado de facilitar la vivienda por él alquilada al grupo.

A este grupo se unirían dos compañeros vitorianos más. El primero de ellos, Jesús Roiz Corcuera, un sacerdote que en su época de seminarista pretendió optar por ir de misiones a Ecuador pero que no pudo hacerlo, ya cura, por circunstancias familiares. Tras vivir durante tres años con otros tres compañeros en Álava aceptó la oferta de emigrar a La Línea pues le supondría vivir y actuar en comunidad sacerdotal con aquellos que fueron compañeros de curso en el seminario. El segundo de ellos era José Antonio Ochoa de Aizpuru y Vélez de Mendizábal.

Este era el grupo *de los vascos*, a cuyo trabajo se sumaría el coadjutor de la parroquia vecina de Santiago, el sacerdote proveniente de Cádiz capital Dámaso Piña, muy comprometido con la juventud trabajadora²⁴. El equipo sacerdotal así

²³ AHPC., G.C., caja 2940, Informe mensual: Información Provincial: religiosa, laboral, universitaria y política de 10 de enero de 1971, páginas 45-46.

²⁴ Como ejemplo de tal inclinación de este joven cura gaditano se puede citar el hecho acontecido en la Semana Santa de 1968 en La Línea de la Concepción, en la que durante el desfile procesional de la Cofradía de *Nuestro Padre Jesús Cautivo* que había efectuado la salida desde su Parroquia de Santiago, Dámaso Piña, que acompañaba a la procesión no solo entonaba los habituales rezos y cánticos religio-

fue posible porque tenían una afín línea común abierta a la pastoral popular.

La labor de defensa de los intereses del colectivo de pescadores fue uno de los grandes objetivos de estos curas vascos, como se demostró en aquella ocasión en que reunieron a los pescadores del barrio en el salón parroquial con el fin de conocer sus problemas e intentar resolverlos al margen de lo que entendían como injerencia de autoridades sindicales o municipales a las que no creían legitimadas. También mostró el equipo estar al lado de los trabajadores de la mar del barrio de la Atunara en aquel momento en que se les prohibió a éstos la pesca en las inmediaciones de la Almadraba calada frente a la playa del barrio por el cambio de adjudicataria de las labores almadrabereros. Como denuncia de esta situación, estos curas obreros hicieron una recogida de firmas para elevárselas al Gobernador Militar del Campo de Gibraltar, a la vez que realizaron un escrito en el que exponían las graves circunstancias que esta medida originó en sus feligreses.

El equipo sacerdotal en Algeciras

Aunque en Algeciras compartieron vivienda dos curas obreros mientras trabajaban de peón de la construcción: Andrés Avelino y Gabriel Delgado, en la calle Emilio Santacana, la brevedad de la convivencia no permitió la conformación de un auténtico equipo. En esta ciudad, la verdadera vida de trabajo en equipo de curas obreros se conseguiría más tarde en la parroquia de San Francisco Javier de la humilde barriada de Pescadores. En primer lugar, con un equipo constituido por José Arana y Andrés Avelino. Arana, que estaba de cura en la parroquia del Carmen de Algeciras, no terminaba de entenderse con su párroco por lo que le propuso a Avelino que conformaran equipo sacerdotal en esa parroquia del barrio donde habitaban los pescadores algecireños y que quedaba libre.

sos tan recurrentemente coreados por los asistentes, sino que entre unos y otros pronunciaban frases alusivas a la situación social de la clase trabajadora linense, como por ejemplo: "Jesús llevó sobre sus hombros la pesada Cruz; los obreros parados de esta población también llevan la suya". En AHPC, G.C. OPyDC. Caja 2940, Carpeta 3.4., A.R.: "nota informativa de la Policía Armada de 12 de abril de 1968", páginas 1-2.

Avelino, tras reflexionarlo durante uno de sus continuos viajes a la mar como marinero, asintió con la condición de que él no dejaría su trabajo en la pesca, debiendo, por tanto hacerse cargo Arana del mayor peso de la parroquia, a pesar de que él también seguía trabajando en labores administrativas para AUCONA (Compañía Auxiliar de Comercio y Navegación S.A, dedicada para la venta de billetes de pasajeros y vehículos de embarque) en un edificio situado en la entrada del muelle de La Galera del puerto de Algeciras.

Durante esos años de trabajo en equipo, los dos curas obreros consiguieron que la parroquia de Pescadores se convirtiera en un activo centro laboral y de reivindicación obrera. Así, por ejemplo, se puso en marcha una cooperativa de punto y confección para formar a chicas del barrio y vender algunos de los productos que elaboraban. Desde un punto de vista sindical, también sirvió de lugar privilegiado para que surgiera el sindicato USO en Algeciras, permitiendo además que su vietnamita (multicopista de la época) contribuyera a imprimir para organizaciones clandestinas algecireñas propaganda subversiva de izquierdas.

Precisamente Pepe Arana conoció a una de las chicas que aprendió a tricotar, vecina del barrio, y tras un tiempo de noviazgo decidieron casarse. Boda que presidió el propio Andrés Avelino en la vecina ciudad de Castellar de la Frontera. Este episodio significó el fin del fructífero, pero fugaz, de este primer equipo sacerdotal. Por desgracia para Avelino, tuvo que soportar el peso entero de la parroquia sobre sus hombros. Pero tampoco fue por mucho tiempo ya que lo más pronto que pudo se puso en contacto con José Ramón Pérez Perea, que cansado de tanto acoso policial en la ciudad vecina de La Línea estaba deseoso de cubrir el hueco dejado por Arana. El nuevo equipo que conformó Avelino con Pérez Perea no fue tan bien avenido como el anterior con Arana y no llegaron a entenderse de forma tan provechosa. El equipo se rompió definitivamente en verano de 1.978, cuando el obispo Antonio Dorado, no conforme con que Pérez Perea repartiera su tiempo entre la parroquia y el asesoramiento laboral que realizaba para las Comisiones Obreras, decidió desvincularle de la diócesis y remitirle de nuevo a la suya de procedencia, Vitoria. Como el cura

vasco no estaba dispuesto a romper su compromiso con el mundo obrero de Algeciras y su comarca y ya tenía madurada la idea de dejar el ejercicio sacerdotal, la decisión del obispo hacia él fue la razón final para que se optara por la secularización. El equipo sacerdotal había llegado a su fin.

La revisión de vida obrera

La praxis de la revisión de vida obrera era una parte imprescindible de la convivencia en los domicilios de los curas obreros. Todos ellos conocían este método de análisis de la realidad por su contacto con la JOC (o en el caso de Javier Fajardo con la JIC, la Juventud Independiente Católica²⁵, de la que provenía), ya fuera en su época de joven seminarista o, ya de cura, como consiliario de este movimiento especializado obrero de Acción Católica.²⁶

Su práctica se tornó extraordinariamente válida para conseguir que los equipos sacerdotales conformados por los curas obreros obtuvieran una visión de la realidad del mundo obrero muy analítica y muy en relación con el Evangelio,

²⁵ Una organización, en palabras de este mismo sacerdote, parecida a la JOC “pero de ambiente medio burgués” (Javier Fajardo. Entrevista personal). En este orden de cosas, la JOC era reconocida por los curas obreros como un cauce eficiente de formación de buenos y auténticos militantes obreros, y la Iglesia tenía por un medio excelente de evangelización de los jóvenes trabajadores.

²⁶ Este método fue aplaudido en su día por el propio Vaticano, cuyo Papa Pío XII, se encargó de recordar que era algo más que un mero método educativo en un discurso a la JOC Internacional, señalando que: “es un verdadero instrumento de evangelización (...) vuestra sólida organización, vuestro método resumido en la tan conocida fórmula “ver, juzgar, actuar”, vuestras intervenciones en el plano local, regional, nacional e internacional, os ponen en condiciones de contribuir a la extensión del Reino de Dios en la sociedad moderna, haciendo penetrar en ella las enseñanzas del cristianismo en toda su vigor y originalidad”. Comisión Nacional de la JOC, Fundamentos de la JOC, Madrid, 1960, páginas 83-84. Para conocer más a fondo el recorrido histórico de la JOC (y la HOC) gaditana, así como su praxis, es de suma utilidad leer: Torres Barranco, Francisco Javier, “Los movimientos obreros especializados de Acción Católica de la diócesis de Cádiz: JOC y HOAC. Una aproximación histórica y apostólica”, Trocadero, 27, páginas 101-121.

consistiendo ésta en revisar, bajo las instrucciones del: ver, juzgar y actuar, un problema observado o sufrido en sus relaciones laborales, llevándoles a una solución al mismo. Así, se pretendía, no solo solucionar el problema señalado, sino, fundamentalmente, conseguir la transformación del individuo que la realizaba, ya que en el método jocista primaba enriquecer el interior del hombre y el desarrollo de su personalidad. Por tanto, a través de la revisión obrera, el cura obrero descubrió las acciones que tenía que realizar en su ambiente natural de vida, el trabajo, gracias a las aportaciones del equipo sacerdotal con el que convivía y la iluminación evangélica que se aportaba a la solución propuesta.

De forma práctica, los grupos de curas obreros, en sus convivencias diarias, la articulaban de la siguiente forma: una vez elegido un hecho puntual digno de análisis ocurrido en el mundo del trabajo, lo analizaban persiguiendo sus causas, sus influencias y sus consecuencias para luego juzgarlo tanto desde el punto de vista humano como desde el evangélico. Adquirían ante ello un compromiso que, a la semana siguiente, repasaban en su nivel de cumplimiento, para volver a iniciarse el ciclo de la revisión presentando otro hecho. Esta era la parte más formal de las reuniones de equipo, que les daban pie a sus componentes a dejar las ideas a un lado para ponerse manos a la obra en acciones prácticas convertidas en compromisos concretos que sí que conseguían cambiar situaciones. Por medio de esta pedagogía el cura obrero lo que pretendía era, como recuerda uno de ellos: “encontrar a Dios a pie de calle, entre los sufridos e injustamente tratados, en la gente del aquí y ahora y no en las nubes”.²⁷

CONCLUSIONES

Por todo lo analizado anteriormente, podemos concluir que el magisterio del cura obrero gaditano tuvo como objetivo contribuir a empoderar a la clase obrera gaditana, contribuyendo así a la reconstrucción del movimiento obrero en el territorio. Eso sí, ese empoderamiento fue más simbólico que decisivo para que el movimiento obrero tomara en Cádiz mayor impulso en la lucha política contra el régimen de Franco en

²⁷ ARCHIVO PERSONAL DE JOSÉ RAMÓN PÉREZ PE-REA. Memorias no publicadas, Vitoria, 2003.

general y en la lucha sindical contra las relaciones laborales emanadas de las leyes franquistas en particular, pues esa influencia dependió directamente, como mínimo, de tres razones:

- La primera, derivada del número, ya que el grupo de curas obreros, desde el punto de vista cuantitativo, era poco representativo dentro de la clase obrera.
- La segunda, resultado directo de su grado de implicación en el movimiento obrero, que no fue uniforme en todos los curas obreros, pues si bien todos afirmaban su deseo de contribuir a hacer de esta parte del pueblo de Dios un pueblo crítico y politizado que les permitiera ser sujeto de la historia, las tareas en el mismo fueron plurales: unos compaginaban su trabajo manual con el que le exigía su parroquia, otros tenían un contacto casi residual con ella, unos estaban cerca o formaban parte de partidos o sindicatos, otros no, etc.
- La tercera y última, y no por ello menos importante, de su papel de promoción de la clase obrera, ya que lo hicieron no en forma de un colectivo uniforme (“el colectivo de los curas obreros gaditanos”), sino insertos dentro de un grupo mayoritario formado por, entre otros grupos, laicos y curas progresistas diocesanos con los que compartían intereses y objetivos, y siempre desde dentro del movimiento obrero.

Como grupo, participaron y colaboraron en aquellas acciones reivindicativas que realizaba esa parte del mundo obrero movilizado. Ese encarnamiento en la clase obrera fue una actitud propia de curas inquietos, que les permitió, sentirse unos marginados y explotados más. Ante esa situación, intentaron dar una respuesta desde una perspectiva cristiana con su presencia y sus acciones, que nunca, como se empeñaban en afirmar las autoridades gubernativas y élites económicas o empresariales, eran realizadas desde un papel de líderes políticos o sindicalistas subversivos. Aunque esto les llevara a vivir en sus carnes detenciones y maltratos. Para eso ya existían en Cádiz abundantes organizaciones clandestinas de los últimos años de la Dictadura que se bastaban y sobraban para tales empeños, y aquellas mismas organizacio-

nes y otras que, más adelante, serían legalizadas. En otras palabras, ellos eran conscientes de que la clase obrera no les estaba esperando para organizarse y luchar por sus reivindicaciones, para ello ya tenían una larga experiencia organizativa y metodológica. Por lo tanto, el cura obrero gaditano en general se mostró modesto en sus aspiraciones, reconociendo que su papel de presencia en el mundo obrero debía limitarse a acompañar, a escuchar, a sintonizar con los militantes obreros en su recorrido y, en el mejor de los casos (sin confundir con proselitismo), ayudarles en tal itinerario a relacionar el mundo de la lucha con el mundo de la fe, con un fin último alejado de todo interés particular y utópico: el de la liberación total de la clase obrera.